

## **EL ESPAÑOLISMO DE LOS PROCERES DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA**

Por **ENRIQUE DE GANDIA**

La escuela histórica tradicionalista enseña, desde hace un siglo, que la independencia nació del odio profundo que existía entre criollos y españoles. Para ello inventa leyendas y repite conceptos vulgares. Los niños se han formado, intelectualmente, en este género de educación, y los maestros creen dogmáticamente la palabra de unos historiadores que se han fosilizado en sus conclusiones. Un examen atento de nuestra historia revela que el odio entre criollos y españoles fue desconocido, con caracteres políticos, en los prolegómenos de los hechos que, andando los años, nos dieron la independencia absoluta. Había diferencias sociales, de tipo genealógico y de alcance económico, pero no precisamente político. Estas diferencias no eran, tampoco, tan agudas como podría suponerse. La conformidad estaba generalizada y cada cual aceptaba el destino que lo había hecho nacer. Por otra parte, los puntos de contacto y la igualdad que existía entre criollos y españoles hacían olvidar cualquier diferencia racial. Repetimos que el hecho de haber nacido en América o en la Península no implicaba inferioridad o superioridad de ningún género. Un nativo del Nuevo Mundo podía tener antecedentes genealógicos muy superiores a un nativo de la Península y viceversa. Las diferencias genealógicas, sociales o económicas que podían existir entre criollos y españoles existían del mismo modo entre criollos y entre peninsulares. Los hombres se dividían por sus ideas políticas y no por sus lugares de nacimiento; pero cuando los focos políticos se separaron profundamente y en España dominó el Consejo de Regencia y en América se impusieron los gobiernos locales, la lucha civil entre estos organismos fue creando los lógicos y correspondientes odios raciales. Los que defendían un gobierno residente en la Península se sentían más españoles que quienes sostenían un gobierno radicado en América. Se habló, así, de españoles y americanos hasta que la declaración de la independencia hecha en Tucumán hizo imprescindible, para entenderse, hablar de españoles y americanos y de monárquicos y republicanos. No obstante, advertíase el caso de que los nativos de la Península que te-

nían ideas contrarias a los gobiernos peninsulares se alistaban entre los criollos sin necesidad de ser llamados españoles, y los criollos que compartían las ideas monárquicas o absolutistas de la Península combatían al lado de los españoles sin ser conocidos como tales. Las diferencias raciales quedaron para las estrofas de los poetas o algún discurso de club político.

La separación de España y Argentina no fue considerada un hecho definitivo ni contó con las simpatías de las personalidades más destacadas del país. Habíala producido el desacuerdo profundo entre liberales y absolutistas. La necesidad de unir a unas provincias en anarquía, con caudillos propios que amenazaban convertirse en jefes de pequeños Estados y la convicción de que para vivir con libertad constitucional era preciso declararse independientes, habían llevado a los congresales de Tucumán a la decisión extrema de anunciar al mundo que la América española no reconocía más gobierno que el de los hombres que habían adherido al partido liberal. En primer término declaró la independencia de las Provincias Unidas en la América del Sud, es decir, de la América española, no de la actual República Argentina, como aún creen algunos profesores. En segundo término para ser ciudadano del nuevo Estado era preciso haber adherido al "partido liberal". Esta condición y el nombre de este partido constan en las cartas de ciudadanía que se otorgaban a los extranjeros. El General San Martín expuso siempre a sus tropas y al pueblo que lo escuchaba que todos sus esfuerzos estaban dirigidos a hacer triunfar la causa liberal. Cuando él u otros políticos liberales hablaron con desdén de los españoles fué porque se trataba de españoles absolutistas, serviles, antiliberales. Este triunfo de un partido político sobre todos los otros partidos no satisfizo, como es lógico, a quienes tenían ideas contrarias al liberalismo o lo aceptaban a medias. Por ello, al confundirse el triunfo del liberalismo con la declaración de la independencia, hubo políticos que, por antipatía al liberalismo, vieron con malos ojos la misma independencia. Juan Manuel de Rosas, de ideas absolutistas, no vió nunca con agrado la independencia y habló con nostalgia de los tiempos en que se vivía bajo el dominio español. Otros políticos hicieron lo mismo o declararon muy en secreto sus simpatías por España, es decir, por la España anticonstitucional y antiliberal, no por la España de Rafael de Riego u otros liberales. Del mismo modo, hubo liberales americanos que tuvieron sus simpatías por la España liberal. Se crearon, así, dos hispanismos: uno de carácter liberal y otro de carácter antiliberal. Uno republicano y constitucional y otro monárquico y anticonstitucional. Uno que enaltecía a Rafael de Riego, salvador de la independencia americana, y otro que lo vituperaba y defendía los ideales de Fernando VII declarado rey absolutista y despótico. Unos fueron hispanófilos tradicionales, que defendían ideales tan antiguos como los concilios de Toledo, las viejas Cortes y todas las libertades españolas. Los otros fueron hispanófilos extranjerizantes, que aceptaban el absolutismo de los Borbones y negaban los derechos de los pueblos que habían distinguido la historia española desde sus más lejanos orígenes.

Estas dos corrientes ideológicas fueron las que animaron y separaron a todos los hombres de nuestra historia. Sus partidos polí-

ticos del momento pudieron ser muy diferentes, pero en el fondo de sus ideas se descubrirá siempre a un hombre de tendencia liberal o de tendencia absolutista. El triunfo, aparentemente definitivo, en España, de Fernando VII y de sus sucesores hizo que los hispanistas liberales de América no tuvieran desde entonces; oportunidad de declararse en ningún instante en favor de la Península. En cambio, los hispanistas antiliberales contaron con una ocasión continua para expresar su adhesión o simpatía política a la Madre Patria. Es por ello que muchos liberales americanos terminaron por hacerse antiespañoles y la mayoría de los absolutistas se hizo aparentemente hispanófila. Además, no faltaban liberales y absolutistas que creían incesaria o prematura la separación de España. Los liberales que pensaban de este modo eran los menos; pero los absolutistas convencidos de que la separación de la Península había sido un error, los más. Estos sentimientos no se podía confesarlos públicamente. El gobierno argentino habría castigado con dureza a quien se hubiese expresado muy abiertamente de ese modo. No obstante, es fácil hallar en multitud de escritos ideas contrarias a la independencia y favorables a la causa peninsular. Otras veces, las ideas hispanófilas no se manifestaban por escrito, pero eran conocidas por conversaciones y había, por tanto, multitud de personas señaladas como simpatizantes con España y su política. Este conocimiento, fácil mientras vivían los personajes discutidos, se torna difícil apenas desaparecen y sus descendientes ignoran las ideas íntimas de sus antepasados o fingen desconocerlas. La historia se encuentra a menudo frente a problemas u obscuridades impenetrables. Sólo una casualidad ha hecho que se hallase en el Archivo General de Indias, de Sevilla, un informe que viene a descubrirnos, en forma segura, las más secretas ideas políticas de un gran número de personalidades de nuestro pasado. Este documento fue dado a luz, en 1939, por Ricardo R. Caillet Bois en el **Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas** de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (tomo XXIII, páginas 52 a 77) con el título **Una información secreta de origen realista sobre los principales revolucionarios del Río de la Plata**. En la introducción, Caillet Bois destaca el hecho de que en la guerra civil hispanoamericana, que él aún llama revolución, había muchos criollos que combatían junto a los nativos de la Península. Al efecto cita un documento en que este hecho resulta evidente. Hay cantidades enormes de papeles de la independencia en que la participación de los criollos en las filas absolutistas o españolas y de los españoles en los ejércitos liberales o criollos está demostrada hasta la saciedad. Este hecho ha sido destacado por muchos historiadores y hoy es una puerilidad y un error enorme el sostener, como aún lo hacen algunos estudiosos, que había ejércitos de españoles y ejércitos de americanos. Los llamados ejércitos españoles estaban en gran parte formados de indígenas y de criollos. La guerra era civil en toda la amplitud de la definición y si hubo revolucionarios ellos fueron los españoles o partidarios del Consejo de Regencia que se levantaron contra el régimen tradicional o hispánico puro de las Juntas populares de gobierno.

Este documento, por varios detalles de su texto, que se refie-

ren a hechos conocidos, debe haber sido redactado a comienzos de 1817. La independencia de las Provincias Unidas en la América del Sud ya estaba declarada en Tucumán desde el 9 de julio de 1816. Los juicios sobre ciertos personajes tienen, por tanto, una importancia especial y extraordinaria. Una cosa es decir que un hombre era de ideas adictas a España antes de 1816 y otra es decir que tenía las mismas ideas después de la declaración de la independencia. Tenemos, pues, la absoluta seguridad de que la declaración de la independencia no convenció, de golpe, a todos los habitantes de la actual República Argentina, ni menos, a sus jefes más señalados. Sabido es que en el pueblo el sentimiento español se hallaba vivo todavía en tiempos de Quiroga y de Rosas. No era, tampoco, un hecho ignorado el conocimiento de que figuras principalísimas de nuestra guerra por la independencia eran partidarias, a veces en público y a veces en secreto, de un retorno a la jurisdicción española. Estas esperanzas hallábanse principalmente en las personas de principios monárquicos y absolutistas que veían el establecimiento de una república y la separación de España como comienzos de grandes males, desórdenes, encumbramiento de personajes improvisados, disminución de la fe católica y ruptura de la unidad hispanoamericana en muchos estados débiles y enemigos. Algunos de estos políticos absolutistas, partidarios de la unión con España, estaban dispuestos a unirse al imperio portugués del Brasil con tal de mantener una forma de gobierno contraria al liberalismo. El odio político a los sistemas de los fundadores de las patrias hispanoamericanas convertía íntimamente en traidores a personas que exteriormente, por conveniencia propia y de las circunstancias, defendían los gobiernos existentes. El documento que aquí glosaremos nos descubre estas dobles personalidades de muchos personajes de nuestra historia de cuyo patriotismo jamás se hubiera dudado. El patriotismo de aquel entonces no era, por cierto, el patriotismo de hoy en día. Un mundo espiritual ha cambiado no pocas veces desde aquellos años. En 1817 la Argentina estaba hecha en una sola parte. Había provincias que no habían tomado parte en la declaración de la independencia, hombres a quienes no se había consultado, grupos políticos que no simpatizaban con la separación de España y otros grupos que, aunque partidarios de una autonomía de gobierno, deseaban seguir unidos a la Madre Patria. Los odios personales dividían a innumerables políticos y los conducían a los extremos más agudos con tal de dañarse recíprocamente. No puede pretenderse que en los momentos en que se creaba la independencia todos los habitantes de nuestro actual territorio pensasen como pensamos hoy en día. Tanta ingenuidad puede caber en las mentalidades de muchos de nuestros historiadores contemporáneos, pero no existía en los políticos de aquella época. Para grandes talentos de aquel entonces, el verdadero patriotismo era no romper una nación inmensa y todopoderosa, como sería hoy, del mismo modo, patriotismo oponerse a la desmembración de la Argentina o a la creación de dos o más Estados dentro del actual territorio de nuestra Patria. Hoy llamamos traidores a los hombres que entonces eran fieles a todo cuanto debían respetar. No olvidemos que fué el gran amor a la libertad

lo que determinó y aseguró la separación de España. Los absolutistas, en política, no eran, en el fondo, partidarios del separatismo. La acción de los regalistas hizo los nuevos estados americanos. Ello se confirma con el documento a que nos vamos a referir. Su autor no es conocido y sin duda escribió lejos de Buenos Aires, no sabemos si en el Brasil o en España; pero lo seguro es que presenta como defensores de la independencia y separación de España a liberales indiscutidos y como partidarios de la Península y su gobierno a hombres de rancias ideas y duros regímenes de política. Caillet Bois, al analizar este documento, ha declarado que sus juicios, aunque parezcan excesivos, son en realidad exactos y algunos coinciden con los de historiadores modernos que no han conocido este documento. Sus errores son insignificantes y se refieren, principalmente, a nombres mal escritos, en parte por no conocerlos bien y en parte por la ortografía de la época. Vamos a ver, pues, en rápidas glosas, cómo juzgaban a tantos hombres que hoy tienen estatuas o están por tenerlas, los enemigos de nuestra independencia. Son juicios escuetos, claros, sin tiranías de la amistad o de otras influencias. Alvear, por ejemplo, era un hombre bien conocido del cual se decía que trabajaba en favor de los portugueses. Documentos del tiempo nos hacen saber que, en efecto, esta voz era corriente. A veces, como en este caso, no hay pruebas directas de que la verdad sea lo que en el documento se consigna; pero lo cierto es que, si no es la verdad real, es lo que en tiempos del personaje mencionado se decía de él, en todas partes, como si fuera cierto. Puede haber, por tanto, calumnias en este escrito; pero la fama que disfrutaba cada personaje está perfectamente expuesta.

Juan Pedro Aguirre, enviado a Estados Unidos, se había dado a la bebida, se enriquecía con presas de corsarios, pertenecía al partido de Saavedra, no tenía talento y temía la venganza de España. El ex-director don Ignacio Alvarez había sido el primero en vender patentes de corso. Mientras él luchaba por la independencia, un hermano suyo era brigadier en el ejército realista del Perú. He aquí, de paso, el ejemplo de dos hermanos con dos partidos distintos. El tristemente célebre doctor don Pedro Agrelo merece un juicio exactísimo. Sabido es que a él se debe la invención de la supuesta conspiración de don Martín de Alzaga y la muerte de unos cuarenta individuos inocentes en aquella oportunidad. No hay documentos que no presenten a este personaje con tintas sombrías. El informe secreto que aquí glosamos no difiere de lo que de Agrelo dijeron todos los documentos de su tiempo, de amigos y enemigos. Dice: "Abogado, intrigante, sanguinario, enemigo acérrimo de todo europeo a quienes afligió, robó y asesinó. Es detestado en el país y se le conoce por Robespier, tiene talento regular y moderada instrucción en el derecho patrio. Aborrece a España mortalmente porque teme el suplicio: fué editor del periódico atroz titulado La Crónica Argentina". No hay una palabra de más: la historia y los juicios de los contemporáneos fueron aún más crueles con Agrelo. José Arango, tan vez Araújo, era hombre honrado, "bastante juicioso" y, por tanto, deseaba "un acomodamiento con España". Anchoris, en cambio, era un "clérigo secular, atrabiliario, de

ideas revolucionarias": Había sido "ministro de la extinguida logia de Alvear". El clérigo Acheva tenía "luces regulares", pero "es capaz de avenirse con las ideas españolas que respeta". El cura Agüero, de la Catedral, tenía suma prudencia y literatura. Los hombres de bien lo apreciaban, pero todos sabían que su españolismo era muy grande. "Aborrece la insurrección, aunque se le ve aparecer en público cuando sus funciones le llaman". El arcediano Ramírez, por el contrario, era un "joven impaciente e insultante amigo de la independencia. Se le atribuye en gran parte la muerte improvisa del señor obispo de Buenos Aires". Este cura, como es notorio, estaba acusado públicamente de haber envenenado al obispo don Benito de la Lue y Riega cuando el llamado Triunvirato creyó descubrir la conspiración que se atribuyó a Alzaga y era preparada por el general San Martín, Alvear, Monteagudo, etcétera. Lo que ahora venimos a saber de don Felipe Arana nos explica su fervor rosista cuando el tirano implantó el despotismo en nuestra Patria. Es una prueba rotunda de que la gran mayoría de los hombres de ideas absolutistas y partidarios del despotismo de Fernando VII se hicieron rosistas cuando entre nosotros apareció algo que igualaba y superaba la tiranía peninsular. "Abogado y comerciante. Ignorante pero de influjo por su riqueza y enlaces: gusta de figurar y es más adicto a España que a la independencia". Lo que acabamos de leer prueba, también, que este documento no elogiaba a quienes parecían partidarios de España, sino que decía la verdad. Arana era más adicto a España que a la independencia, pero el autor del informe lo consideraba ignorante, ambicioso y de influencia por su dinero y parentescos. El retrato siguiente de don Juan José Anchorena es exactísimo. Anchorena, como el resto de su familia, era hombre de ideas absolutistas, ultramontano y dispuesto a cualquier acercamiento con España. Se le reconocía talento y otros dones naturales. "Comerciante de gran crédito e influjo público, con facilidad hace una revolución: ha figurado en ellas, pero siempre con miras pacíficas destruyendo los embates e intentonas fraccionarias y surgiendo la concordia. Quiere bien a los españoles europeos: ha desempeñado empleos de consecuencia y despreciado otros muchos. Hombre de juicio e integridad y se le considera capaz de un acomodamiento con España". Cuando surgió Rosas, lo mismo que la mayoría de los españoles inclinados al despotismo, se puso a colaborar con el tirano. Su hermano don Tomás Anchorena era doctor en leyes y diputado. No tenía tanto crédito como Juan José, pero "sí de ideas semejantes". Los Anchorena merecen un estudio especial que algún día habrá que hacer. Ellos tuvieron una influencia enorme y desconocida en nuestros orígenes nacionales y en otros momentos trascendentales de nuestra historia. Hombres de gran talento jurídico, diplomático y político, fueron los guías más seguros del gobierno de Rosas. El estudio de sus figuras y de su casa descubrirá revelaciones sensacionales. Un personaje dudoso era el brigadier don Antonio Balcarcel, "adusto, escaso de luces". Había sido teniente coronel por el rey. Siendo Director había entrado en el partido portugués y no vivía gustoso con la revolución. Otro de sus hermanos, don Juan Ramón Balcarcel, tenía mejor talento, genio más franco, no estaba de acuerdo con sus her-

manos, había sido oficial del rey y "nunca se le ha conocido encono contra España". El supuesto creador, con French, de los colores de la escarapela argentina, don Antonio Beruti, no mereció más que este juicio sintético: "trapalón inútil". El chileno Diego Vares, "dispuesto a la intriga y codicia", tenía un modo de pensar español, pero seguía la revolución "a más no poder". Gabino Blanco era otro abogado, salteño, ex-presidente de la Cámara, que se había retirado y no admitía empleos por descontento con la revolución. Había hecho mucho bien a los europeos. El doctor Manuel Antonio Castro tampoco estaba de acuerdo con los revolucionarios. Se le reconocía talento y se sabía que podía "sacarse partido de él". José Miguel Carrera aparecía como "perseguido por San Martín que fusiló dos hermanos suyos". El autor del informe no se equivoca cuando dice "enemigo acérrimo de España". El canónigo Chorroarín es muy bien visto y llamado hombre honradísimo, de mucha literatura. Era llamado en todos los movimientos revolucionarios, pero él no tenía ambiciones. "Su conducta pública es juiciosa y él es sin la menor duda español de corazón. El Ministro de España actual ha considerado a este individuo más digno y más a propósito para ocupar la silla episcopal". El autor del informe aclara que sus datos sobre este personaje los obtuvo de todos los partidos.

No nos detenemos en cada uno de los nombres que figuran en el documento que estamos glosando. En él hay datos de suma utilidad para conocer los caracteres de muchas figuras de nuestra primera historia independiente. Dice, por ejemplo, del Padre Francisco Castañeda que era muy estimado por su carácter benéfico y sus servicios a la educación pública. Pero aquí sólo averiguamos las ideas políticas que los hombres de aquella época tenían en favor o en contra de España. Díaz Vélez era mal mirado por creérsele partidario de los pueblos. Manuel Dorrego merece los peores calificativos. "Insolente y ha cometido horribles asesinatos impunemente, pues siempre ha sido en virtud de su poder y sus modales groseros, atrevidísimo, estragado; es indecente en todo y enemiguísimo de la España". Don Francisco del Sar era considerado adicto a España. Las operaciones revolucionarias de Don Francisco Escalada, "loco, ebrio, exaltado y por consiguiente nulo", "más parecen efecto de sandez que de intención deliberada". Su hermano D. José Antonio Escalada, en un principio era considerado como español en sus juicios y conducta, pero con los progresos de su yerno San Martín y su nombramiento de Miembro de la Junta de Observación fue cambiando de opiniones. El Dr. Esquerrenca tenía fama de ser español de corazón. D. Ambrosio Funes era señalado como "tímido patriota por las circunstancias". El autor del informe agrega que en sus composiciones era plaguario. Es posible que recoja una calumnia echada a volar en contra del dean Gregorio Funes. Gascon, "ignorante, demasiado devoto", era fiel a su empleo, pero respetaba a España. Un hermano suyo, con algo más de talento, tenía sus mismas ideas. Don Manuel José García es juzgado con mucho acierto. Las ideas políticas de García aún no han sido motivo de un estudio particular. Ellas interesarían grandemente, no sólo por pertenecer a un personaje de tanta actuación en nuestra historia, des-

de los orígenes nacionales hasta muy avanzado el siglo diecinueve, sino porque ellas eran las de una gran parte de la sociedad porteña. Conocida es su intervención, tan desgraciada, en la paz con el Brasil y ningún historiador ignora las acusaciones que se lanzaron contra él. El general Tomás de Iriarte explica en sus memorias que García no fué en sus comienzos partidario de la independencia y luego tampoco apoyó la idea de combatir al Brasil. Era, no obstante, un hombre de gran talento y sin duda imaginaba las catástrofes que sobrevendrían con las luchas de la anarquía. El autor del informe lo pinta con exactitud asombrosa cuando dice: "Notado de españolismo en un tiempo y en el día portugués. Por su conducto ha corrido la correspondencia entre la facción portuguesa de Buenos Aires y la Corte del Brasil y por esto se le odiaba en Buenos Aires. Tiene talento y regulares conocimientos políticos. Nunca ha sido adicto declarado de la Revolución aunque la ha seguido". Con Güemes ocurría un fenómeno diferente. Mientras de Manuel José García se murmuraba en Buenos Aires que estaba de acuerdo con los portugueses, lo mismo que otras muchas personas de la ciudad, de Güemes se decía que era de ideas españolas. El hecho tenía su fundamento en que su política era muy local. Belgrano no le prestó ayuda en largos años que estuvo en Tucumán. En el Perú, en cambio, se le reconocía como separatista. El autor del informe escribe: "Patriota en el concepto de los peruleros y de ideas españolas entre los de Buenos Aires". El Padre Grella, provincial de Santo Domingo, era insultante en sus discursos contra quienes no seguían sus opiniones. Se mostraba muy contrario a los españoles y andaba metido en todo cuanto se ofrecía de política. Irigoyen, miembro de la Junta de Observación, había sido caballero de Alcántara y escribía ideas políticas republicanas, pero no era sanguinario. Su hermano, oficial de marina, tenía regulares luces y se le reconocía como "más amigo que enemigo de España. Parece ser uno de aquellos a quienes el temor detiene en su extravío". El coronel Ibañez era ignorante y "loco por las ideas republicanas". Ambrosio Lezica comerciaba con los españoles. "Su inclinación pasa por española". El famoso Julián de Leiva vivía con "fama de sabio, y sus ideas son públicamente españolas, pues no las puede disimular". José María López, antiguo secretario de la Asamblea, "está como arrepentido de su cooperación revolucionaria". El doctor don Pedro Medrano, "diputado afamado del congreso saavedrista, tiene concepto entre los ineptos, pero todo hombre sensato le tiene por vano y frívolo. Es estragadísimo, impúdico y desidioso, mas por su antiguo conocimiento de las cosas de Buenos Aires, por su genio festivo y sus conexiones, ha figurado algunas veces en las varias épocas de la Revolución. Su carácter es insignificante y lo mismo servirá a un turco que a un cristiano siempre que se le reduzca".

Este desfile de caracteres y de juicios no decae en sus pormenores ni en su exactitud. Sinceramente debemos confesar que las almas están bien pintadas y los hombres aparecen como eran, con sus buenas y malas condiciones y con sus preferencias por la vieja España o por la nueva Argentina. No hay un dato de este anónimo informante que no coincida con los hechos que la historia conoce. El Dr.

Manuel Moreno, hermano de Mariano, es presentado como "enemigo mortal de España" y así lo era. Terrorista como su hermano, habíase hecho amigo del funesto Dr. Agrelo. Pueyrredón lo temía. El coronel D. José Meldes, en cambio, conocía los "farsantes revolucionarios" y divulgaba sus defectos. Por ello tenía grandes enemigos y, también, buenos amigos. A veces parecía soberbio. "Su alma es española". Don Clemente Medina, guardia de Corps, era hombre de buen corazón, "y en el fondo amigo de España". Francisco Mateu, el antiguo miembro de la Junta de Mayo, pasaba por "intrigante, tiene algo de mundo y vive descontento del desorden que observa". El español D. José Samaniego había llegado a teniente general. "Loco a veces por la independencia y otras llora por España". El franciscano Fray Hipólito Soler se espantaba "de oír el nombre de España a quien obedecería si lo considerase posible, pues se halla disgustado con la revolución". Cornelio de Saavedra aparecía mezclado entre tantos. Había sido desobedecido y depuesto. Su facción, otrora importante, se hallaba disuelta por la deserción de muchos que vivían retirados y desagradados con la revolución. Saavedra temía "con razón la presencia española". El ex-secretario de Estado, Tagle, merecía los juicios más duros: "hombre falso, de alma negra, terrorista y soberbio. Tiene talento. Intrigó para entregar el país a los portugueses en tiempo de Balcarcel, pero le costó la pérdida de su empleo. Tagle ha adquirido caudal con su venalidad y tiene un hermano menos audaz, pero tan inicuo y corrompido como él". El canónigo Vidal era despreciable, pero no había tomado partido con los portugueses. En cambio, su hermano don Mariano, "hombre ruin, hace lo posible por destruir la revolución intrigando en favor de Portugal, de España o de cualquiera otra potencia. Últimamente se hallaba incluido en la intriga a favor de los portugueses con empeño decidido". Otro Vidal, don Mateo, clérigo secular, era hombre honrado, había figurado con prudencia en la revolución, pero se hallaba dispuesto en favor de España. Obac era un extranjero enemigo de España. Viamonte pasaba por terrorista. El inglés Agustín Orit, comerciante, "es pacífico y muy capaz de servir a España". El clérigo Zapiola tenía corazón español. Su hermano don José había sido coronel y oficial de la marina española, servía con San Martín, mas no se tenía de él concepto alguno. El canónigo Zabaleta no quería figurar en política. "Conoce las miserias y desórdenes de la revolución y es sin duda de sentimientos españoles". Don Manuel Vicente Maza "es intrigante, hipócrita y venal". El clérigo Bartolomé Muñoz, natural de Madrid, era "un acérrimo detractor de España, soberbio y maudiciente. Presume de sabio en todas materias, pero su literatura es ramplona. Es compositor de odas y otros rasgos poéticos en favor de la independencia". El barón de Hclmberg estaba calificado de ignorante en la milicia y amigo del vino. No obstante, tenía "modales cultos". Vivía disgustado con la revolución desde la caída de Alvear. El doctor don Manuel Obligado, hombre de acreditada honradez, "es español de corazón, querido de los hombres de bien y conoce la monstruosidad de la revolución".

No podemos imaginar que el autor anónimo de este informe presente a la gente más destacada de Buenos Aires como partidaria

de España en contra de unos pocos, generalmente mal considerados, que defendían la independencia. Sus juicios, como hemos dicho, coinciden con las investigaciones modernas más severas. Hemos visto lo bien que habló de San Martín y cómo fustigó a otros personajes que la historia hoy no puede adular. Hemos observado, también, cómo la mayor parte de los nativos o americanos se inclinaban secretamente por España y los más furiosos partidarios de la independencia eran, a veces, nativos de España. Cuando había que elogiar a un defensor de la revolución, el anónimo no vacilaba y el elogio salía generalmente más amplio que cuando se trataba de un buen español. Es el caso de O'Higgins. Dice de él: "En el día le ha declarado San Martín Director de Chile. Es hombre de bien, muy patriota y de alma bien puesta". Juan Martín de Pueyrredón también aparece dibujado con sumo acierto. En los comienzos, dice el anónimo, había sido partidario de la independencia, después se había inclinado a las pretensiones de la Corte del Brasil y en los últimos tiempos no se le creía tan enemigo de España como aparentaba por no exponerse con los exaltados. "Su carácter es urbano, amigo del mando e inclinado al despotismo, pero el temor de ser desposeído del gobierno refrena: trata de satisfacer a los poderosos enemigos y atraerlos a si dándoles empleos, al mismo tiempo que descuida a sus amigos. Se le nota de interesado". Don Ildefonso Pazos vivía a su pesar en la revolución, pero quería a España. Su hermano don Francisco seguía al partido que le traía más utilidad y, por ello, no estaba distante de un acomodamiento con España". En cuanto al famoso Vicente Pazos Kanki, natural de la Paz, conocido por sus escritos liberales, era tratado como "clérigo apóstata que estuvo en Londres y volvió a Buenos Aires vestido de pisaverde insultando a la religión y mofándose de las costumbres puras. Todo hombre honrado lo mira con horror: es licencioso, dado a todos los vicios, patriota desenfadado, calumniador: suena como único editor de la **Crónica Argentina**, no siendo más que un testaferrero, porque es bastante estúpido". Pazos Kanki escribió páginas superficiales, pero que hoy es preciso conocer para comprender, en gran parte, los verdaderos orígenes ideológicos de la llamada revolución americana. Otro personaje que le es apareado, natural de Chuquisaca, pero de vida muy diferente y cultura no tan desarrollada, es el célebre Manuel Aniceto Padilla, conocido en Buenos Aires desde las invasiones inglesas por su amistad con Beresford y, más tarde, por sus desacuerdos con Manuel Moreno, en Londres. Su fama era turbia. El autor anónimo del informe que estamos glosando lo pinta muy bien: "Bicho intrigante, natural de Chuquisaca, vendido a cierta corte para que diese en otro tiempo noticias de la América del Sur y sedujese a sus habitantes. Es malvado e indecentísimo y enemigo eterno de España". Por un enemigo de España había muchos amigos. El canónigo Planchón, muy querido del público sensato, era "amigo declarado de España". El coronel Pinto "nunca ha manifestado especial encono a España". El comerciante Panelo, "de poca o ninguna consideración", también era "amiguísimo de España". Gervasio Antonio de Posadas, ex-director de Estado, vivía retirado en una quinta con un cáncer en la lengua. El anónimo lo maltrataba: "hombre aborrecido por

su desenfrenado libertinaje sin más carácter ni inclinación que sus pasiones sucias". El brigadier Rondeau, "aunque no odia a España sirve con fidelidad a la insurrección". D. Martín Rodríguez, antiguo peón de estancia y carretero, se distinguió en las invasiones inglesas y llegó a brigadier y Presidente de Chuquisaca, "donde cometió mil acciones despóticas". Era enemigo de España. "No goza el menor concepto entre los hombres de bien". Fray Cayetano Rodríguez se distinguía por "su carácter fluctuante y contemporizador". El Comerciante Don José María Riera "conoce el extravío de la revolución y como es rico desea una composición con España". El clérigo Ruiz, de la Junta de Observación, también merecía el dictado de "amigo de España".

Los amigos de España eran, según este informe, la gran mayoría de la ciudad. Viene, ahora, el retrato moral de don José de San Martín. Si el informe hubiera sido falso o exagerado en muchos aspectos, habría caído sobre San Martín, a quien debían tantos males los españoles, y lo habría cubierto de calumnias, pero como era fiel reflejo de la verdad, expresa, al margen, que "es muy duro, de poco talento y difícil de atraer". En efecto, San Martín había partido de España por amistad política con Napoleón y se había distinguido, siempre, por su carácter honesto y recto, su laboriosidad y su indudable talento militar. El anónimo expresa, en principio, que "es muy duro, de poco talento y difícil de atraer". En efecto, no podía pensarse que San Martín abandonase sus ideales en favor de la independencia. En Buenos Aires su palabra tenía grande opinión y, tal vez por ello, contaba con muchos enemigos. "Su carácter es propio para la guerra. Es severo en la disciplina, honrado, austero y desinteresado. Ha experimentado en su ejército reiteradas conmociones que ha logrado sofocar. Dicen sin mayor fundamento que se excede en el vino. Ha estado en España y durante la revolución ha sido siempre adicto al partido de la independencia". No hay una palabra de más. La afición al vino era una de esas tantas calumnias elementales que circulaban en torno a cualquier hombre destacado de Buenos Aires. Todos los testimonios que se refieren a su vida, de un modo seguro y directo, no revelan semejante costumbre. La verdad no puede ser más fiel en este documento. Un autor tendencioso, lleno de rencores, etcétera, habría cubierto, al hombre más visible de la lucha contra España, de infinitos insultos; pero como ello habría sido injusto dijo de él verdaderos elogios. En cambio, el amigo de San Martín, don Manuel de Sarratea, merece otro tratamiento. Era hombre vano, presumidísimo, sagaz y figurero, ridículo. "Ha tenido bastante tino para vivir de la revolución y caer siempre de pie. Todo hombre honrado y cuerdo aborrece a Sarratea y compadece a Pueyrredón. Sarratea se manifiesta ordinariamente enérgico contra España, pero es disimulado y miedoso".

Otros enemigos de España eran el diputado Serrano, chuquisaqueño, "furibundo republicano", vengativo, adusto y malicioso; don Pedro Somellera, "hombre sin carácter, muy decidor y faramallero", don Felipe Senillosa, español europeo y, por tanto, "vociferador contra España"; el clérigo don Antonio Sáenz, instruido y talentoso, enérgico revolucionario, "los hombres de bien lo compadecen y los

Europeos lo detestan"; don Francisco Santa Coloma, que "corre por patriota", aunque su madre "es declarada panegirista de España como la mayor parte de las mujeres en Buenos Aires"; el clérigo don Saturnino Segurola, patriota moderado, curioso de libros y máquinas, que administraba gratuitamente la vacuna; Julián Alvarez, alvearista, "ignorante exaltado en sus ideas,preciado de gran político, tímido, gran decidor contra España y capaz de servirla sin embargo", que se había mezclado en el plan de Balcarcel para entregarse a Portugal; don Manuel Galup, enredador, amigo de figurar, enemigo de España, pero capaz de venderse a cualquier proposición; el coronel Laforest; el antiguo cartero French; el brigadier Miguel Soler, "joven de valor, pero inmoral y entregado al juego y a las mujeres... enemiguísimo de España" Juan Florencio Terrada, sin opinión; el doctor Hipólito Vilegas, "hombre depravado, mofador de la religión y de su culto"; don Manuel Baurreiro, más intrigante y falso que Artigas, aborrecido de todo hombre de bien; don Santiago Vásquez, "complicado en la combinación portuguesa de Balcarcel"; el doctor Diego Parcissien, "bicho intrigantísimo, pero sencillo y reducible"; don Nicolás de Vedia, "hombre vividor, estudioso, pero de talento frívolo, introducido, intrigante, aduador y sin concepto... todo militar lo desprecia".

La figura histórica de José Artigas es discutida en nuestro tiempo por historiadores que lo presentan como un caudillo bárbaro y como un genio de la organización federal. El término medio no ha sido aún hallado de un modo seguro. No mencionamos a quienes lo ven como a un ángel de las tierras del Plata. Artigas fué uno de los tantos caudillos que conoció la idea federal estadounidense y trató de aplicarla a las provincias o gobernaciones de esta parte de América para hundir a Buenos Aires y mantener en sus puestos a los caudillos locales y despóticos. Con este sistema se anticipó a Rosas, que desarrolló idéntica política años más tarde. Artigas en su época fué muy mal considerado, tanto en Buenos Aires como en el mismo Uruguay. Lo siguió la parte baja de la población, por los excesos que le permitía y por el espíritu servil que siempre anima a ciertas capas de la sociedad. El autor anónimo de la información que venimos glosando no hizo más que reflejar la opinión de que Artigas tenía la mayor parte de la gente en ambas orillas del Plata. No lo maltrató por ser enemigo de España, pues hemos visto que a otros personajes contrarios al gobierno español los juzga con elevación y elogio. Repetimos que sólo expuso el concepto que Artigas inspiraba por sí mismo. Es indudable que Artigas, por su alejamiento, no era bien conocido. Ya hemos dicho que no le faltaban seguidores. En Buenos Aires se le detestaba porque no se desconocía el odio que él tenía a esta ciudad. Sus ideas e inclinaciones políticas también eran dudosas porque se encontraba partidario, según las circunstancias, de España, de Portugal o de las Provincias Unidas. Era, pues, un gran enigma que terminaba por ser odiado o admirado. El anónimo decía: "Jefe de la revolución de Montevideo, enemigo irreconciliable de Buenos Aires donde es también aborrecido y sin embargo tiene bastante partido. Su carácter es frío: hipócrita y cruel y su conducta correspondiente. En Buenos Aires tan pronto se le cree partidario de España como vendido al

Portugal; pero él ha manifestado fuerte y sangrienta oposición a la irrupción portuguesa. Está muy querido de la gente baja porque les permite todo género de robos, excesos y asesinatos, pero la gente de juicio y los hacendados lo detestan. Ha maltratado a los españoles europeos y en realidad Artigas es un monstruo detestable”.

Otro enigma era el dictador Francia, del Paraguay. Mucha gente pensaba que mantenía su provincia en tan enorme aislamiento porque deseaba entregarla de nuevo a España. No eran tales los fines políticos de ese mandatario absolutista y despótico que seguía la política aislacionista de Irala y Hernandarias y ponía en práctica los sistemas calvinistas del poder. El juicio que en Buenos Aires merecía Francia era mejor que el de Artigas, probablemente porque no atacaba a los países vecinos y, también, porque se le conocía menos. El anónimo escribía: “Doctor en derecho, jefe de la revolución del Paraguay, declarado Director perpetuo, amado y respetado en su provincia, aunque no deja de tener enemigos. Ha tenido bastante talento para mantener pacífico el Paraguay durante dos años y enteramente separado de las conmociones políticas de Buenos Aires y Montevideo. Se presume que someterá gustoso el territorio de su mando a España”.

Los últimos amigos de España que, en esta lista, aparecen señalados, eran don Pedro García, coronel, nacido en España, que había seguido la revolución y se hallaba arrepentido de su error; el exgobernador de Córdoba, Díaz, “bien quisto en ella y de ideas españolas”, y algunos otros. No volvemos sobre los nombres citados. Ellos nos han hecho saber algo que en otros tiempos no se tenía en cuenta o se ignoraba: el hecho importantísimo de que en los primeros años de la independencia, Buenos Aires se hallaba dividido entre los partidarios de la separación absoluta y eterna de España y los defensores del antiguo régimen de la unidad y monarquía. Los separatistas eran las gentes más exaltadas, a menudo poco serias, amigas de desórdenes, que buscaban en ellos sus propias ventajas. Por excepción se elevan entre ellas figuras ilustres, como las de San Martín y tantos otros. En cambio, las personas de mayor sensatez, renombre y autoridad eran de ideas monárquicas y ocultaban en su corazón la secreta esperanza de un nuevo entendimiento con España. Este estado de cosas explica hechos que a menudo se han creído inverosímiles o falsos. Lo indudable es que no existía una unanimidad republicana y que las ideas monárquicas y españolas no habían muerto, ni podían morir, de golpe, sino que vibraban tanto en las clases humildes como en las elevadas y, con el tiempo, darían origen a nuevos partidos políticos. Los juicios del anónimo, repetimos, son duros, pero exactos. Aquellos hombres eran vistos por sus contemporáneos en la forma que el anónimo los describe. La historia moral, para niños y tratados elementales, los ha deformado, montado a caballo y cubierto de medallas. Eran hombres y, como todos los hombres, tenían sus pasiones y sus ideales.